

XACOBE PATO

# Seré feliz mañana



XACOBE PATO  
SERÉ FELIZ MAÑANA



ESPASA  NARRATIVA

© Xacobe Pato Rodríguez-Gigirey, 2020  
© Editorial Planeta, S. A., 2020  
Espasa Libros, sello editorial  
de Editorial Planeta, S.A.

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 8.885-2020  
ISBN: 978-84-670-5984-7

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Impreso en España/Printed in Spain  
Impresión: Huertas, S. A.

Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

## LA FELICIDAD DURA UN RATITO

por Laura Ferrero

UNO. *Un diario es una sesión continua*

*Sesión continua* es una película de José Luis Garci, pero también una acertada metáfora para explicar esto que es la vida. Caes de repente en una sala a oscuras en la que se está proyectando una película que ya ha empezado. Y el cine está oscuro, no has leído la sinopsis y ni siquiera has oído hablar de los actores. Imposible, además, llamar al acomodador y pedir unas instrucciones. Lentamente, sin embargo, te vas adaptando a la oscuridad y, con el rato, con los años, terminas entendiendo el argumento del que formas parte. Pero luego, claro, cuando ya lo entiendes casi todo, llega el momento de abandonar la sala.

Mientras leía *Seré feliz mañana* pensaba que adentrarse en la lectura de un diario es parecido a estar en una sesión continua. A tientas, llegas hasta la butaca. Te sientas, te acomodas. Al principio, estás perdido: no hay más que un comienzo in media res. Después, empieza la magia, pero la magia solo ocurre cuando aprendes a quedarte.

DOS. *Un diario es también un iceberg (aunque no lo diga Hemingway)*

Ernest Hemingway ideó la Teoría del Iceberg, que apuntaba que todo relato debe reflejar tan solo una parte pequeña de la historia para dejar el resto a interpretación del lector, sin hacer demasiado evidente el verdadero fondo, tal y como sucede con un iceberg. Solo vemos la superficie, pero las claves de lo que observamos las ofrece lo que permanece escondido. A pesar de que Hemingway lo aplicara esencialmente a los relatos, yo me atrevería a decir que la teoría cobra más sentido aún en el género diarístico, un género que representa la quintaesencia de la escritura autobiográfica, un tipo de escritura en el que es fácilmente reconocible un yo que se expresa de manera genuina, sin máscaras.

Y, sin embargo, aunque el yo esté en apariencia mucho más presente y de manera más directa que en ningún otro género, un diario es también el recordatorio de que la vida se cuele también en los márgenes, entre entrada y entrada. Porque somos también y especialmente lo que no contamos, esa parte sumergida en la inmensidad azul del océano.

TRES. *Y sin embargo*

Leo en el *Diario* de Jules Renard: «¿De qué sirven estos cuadernos? —escribió Jules Renard, el 27 de enero de 1910, unos meses antes de su muerte—. Nadie dice la verdad, ni siquiera quien los escribe».

CUATRO. *Sobre esa cosa de la que tratan los diarios*

Suponiendo que a un diarista se le planteara esa misma y molesta pregunta que a los escritores de ficción, a saber, de qué trata tu novela, en ese caso, el autor bien podría responder, simple y llanamente, que un diario va de la vida misma. Y, la vida «es el tiempo que hace. Son las comidas. Los almuerzos en un mantel azul a cuadros sobre el que hay sal ver-tida. El olor de tabaco. Queso *brie*, manzanas amarillas, cuchillos con mangos de madera». Lo decía James Salter en *Años luz*, y creo que es una de las mejores definiciones de la sencillez, de la delicadeza y la fragilidad de esa cotidianidad que envuelve el paso del tiempo, los atardeceres, las copas con los amigos, las series en el sofá, los buenos libros. Nada dura eternamente. Ni la belleza, ni la alegría. Ni la felicidad.

CINCO. *Sobre si se puede dejar la felicidad para otro día*

Es posible, aunque no recomendable, según dice el refrán, dejar para mañana lo que puedes hacer hoy. Cosas como el trabajo, los deberes, aquello que se hace por obligación. En esta misma línea, subyace en las entradas de este diario un deseo de postergar la felicidad, no porque su autor lo deje todo para mañana, sino porque escribe a sabiendas de que todo se marcha. Y desea, o eso parece, atraparlo para que no lo haga del todo. Como si pudiera ir guardando un pedazo de día por aquí, un fragmento por

allá. Como en aquella preciosa película de Isabel Coixet, *Cosas que nunca te dije*, en la que un personaje dice: «Deberíamos poder vivir la felicidad intensamente y tendríamos que poderla guardar para que en los momentos que nos haga falta pudiésemos coger un poco».

#### SEIS. *Destellos*

Conocí a Xacobe Pato, librero de la maravillosa Cronopios de Santiago de Compostela, en este inmenso e inagotable universo que es Internet gracias a su cuenta de Instagram. Además de publicar posts sobre los libros que pasaban por sus manos, los domingos escribía un esperadísimo diario semanal y ese es el material que recoge en *Seré feliz mañana*. En realidad, él lo llama diario, pero para mí no es exactamente una recopilación de entradas, sino más bien un conjunto de destellos. Porque si tuviera que dar con un nombre que explique la naturaleza de estos textos sería ese: destellos, la punta del iceberg bajo el que se intuye o se deja entrever esa otra historia, la que el lector tiene que construir, esa que está en el inicio de la buena literatura.

#### SIETE. *Xacobe, Paul Klee y la magia propiciatoria*

Las entradas aquí recogidas van de junio de 2018 a diciembre de 2019, pero antes de ellas, hay que viajar un poco en el tiempo, al primer diario de Xacobe, un cuaderno de Taschen que reproduce la pintura

*Senecio* de Paul Klee y que le compraron sus padres en la tienda del Museo Reina Sofía. Hay que imaginar al niño que escribe, al principio para documentar la realidad, después para ser leído —por su madre, su hermana— y por último para convertirse en la persona que a él le gustaría ser. Xacobe cuenta que después de dos años de anotar lo que sucedía a su alrededor, sintiéndose estancado y con miedo a defraudar a sus dos lectoras, se inventó una novia: «Me gusta alguien que no va a mi colegio, ¡ah!, y es mi novia». La aparición de este personaje me hizo pensar en las pinturas rupestres. Una teoría, la de Henri Breuil, dice que se trata de magia propiciatoria: que nuestros antepasados pintaban la lluvia en las paredes de las cavernas para que lloviera. Y esto que viene ahora ya es una suposición, pero yo creo que lo mismo podría aplicarse a los primeros diarios de Xacobe: es cierto que escribía sobre una novia para generar cierta tensión narrativa, pero también porque le confería cierto poder oculto a las palabras del diario: porque quería que esa novia apareciera.

OCHO. *Lo que tienen en común Yung Beef y Julian Barnes*

En las páginas de *Seré feliz mañana* hay citas, reflexiones que surgen al hilo de haber leído, por ejemplo, a Julian Barnes o de escuchar a Yung Beef: *Seré feliz mañana* trata, incurriendo en esa pregunta molesta y tramposa que decíamos antes, sobre el lunes, el martes, el miércoles, sobre ir al supermercado y



no querer que vean lo que has comprado, sobre llegar a viernes y pensar en todo lo que harás el fin de semana y no hacer nada de eso. Sobre convertirte, ante la afluencia de cada vez más lectores a tu diario semanal, en un espectador de tu propia vida. Sobre el miedo de empezar, parafraseando las memorias de Gabriel García Márquez, a vivir para contarla.

Estas entradas recogen también consejos literarios: «Si en la faja de un libro comparan al autor con algún clásico, lee directamente al clásico y eso que te ahorras», otras verdades sobre el mundo de la cultura: «No sé muy bien quiénes son los grandes agitadores culturales de nuestro tiempo, pero sí tengo claro quiénes no: los escritores consagrados», o disertaciones sobre nuestra realidad de hoy, tan impregnada de los modos de hacer de las redes sociales: «Cuando una persona muy activa en las redes sociales desaparece de repente siento un escalofrío porque yo creo que está siendo muy feliz o muy desgraciado». O declaraciones a favor del tan deestado posturoo: «Si en casa siempre hemos tenido fotos enmarcadas que nos llevan de cabeza a situaciones agradables y personas queridas, ¿por qué tendría que ser diferente en Instagram?».

NUEVE. *Un susurro*

En definitiva.

*Seré feliz mañana* es un diario, o tiene la forma de un diario, pero es, en realidad, un delicado y precioso

homenaje que Xacobe Pato hace a las pequeñas cosas, una oda a la cotidianidad que entraña un íntimo deseo de retener lo que se marcha. Pero estas entradas son, sobre cualquier otra cosa, un recordatorio de que la felicidad no hay que dejarla para otro día, que la felicidad es aquí y ahora, y que además solo dura un ratito.

LAURA FERRERO

Empecé a escribir diarios cuando tenía siete años. Estábamos en 1995 y Felipe González apuraba su último año como presidente del Gobierno. Mi historia con estos cuadernos ha sido intermitente y casi secreta durante mucho tiempo. Por alguna razón, ha sobrevivido hasta hoy, veinticinco años después. A mí me parece que los diarios son una cosa muy íntima que uno escribe para entenderse a sí mismo, para desahogarse, o mira, qué sé yo. En *El gato encerrado*, Andrés Trapiello se hace la misma pregunta, y resuelve que un diario es como una taberna en la que siempre hay un tabernero comprensivo con nuestras debilidades, que nos escucha si le hablamos y que sabe guardar silencio si queremos estar callados. Dice también que aunque hay días en los que no se le ocurre nada que escribir en su diario, hay algo que le empuja hacia él, y compara esa atracción enigmática con la que sienten los borrachos por las tabernas. «Si pudieran evitarlas, no irían. Lo mismo me pasa a mí». Estoy muy de acuerdo con Trapiello, porque yo, si hay algo de lo que no puedo prescindir, es de ir a las tabernas.

Aún conservo mi primer diario. Es un cuaderno de Taschen que reproduce la pintura *Senecio*, de Paul Klee, y que le costó a mis padres 895 pesetas en la tienda del Reina Sofía. Está dedicado por mi hermana, mi padre y mi madre en la primera página. «Para X., que le gusta mucho contar, para que sea su gran amigo y lo recuerde cuando sea mayor», escribió mi madre. «X., mi hermano, que me quiere mucho y yo a él y por eso le escojo este diario», escribió mi hermana. «Para X., con todo o amor do meu corazón. Para que saibas que o que decimos na escritura dos diarios nos ensina do que somos e do que máis amamos. Para que enchas estas follas que hoxe escomezamos M., A. e máis eu de desexos, de alegrías e paisaxes», escribió mi padre. La primera entrada es del 7 de enero. En ella cuento que el Real Madrid le había ganado al Barça por cinco goles a cero, que habíamos ido al Museo Reina Sofía y que mi mamá estaba viendo en la tele *Dos en la carretera*.

Aquel primer diario tenía su público, que es lo que a mí me interesó siempre. Que yo sepa, como poco, lo leían mi madre y mi hermana, algo que no pueden decir muchos señores que publican libros largos y severos. Yo me tomaba muy en serio tener a mis lectoras bien entretenidas, me preocupaba de que pasaran un buen rato mientras cotilleaban en secreto las nuevas entradas, me quitaba el sueño no lograr proporcionarles una lectura amena. Tanto es así que, ya en 1997, tras dos años de rodaje, y al

notar que mis textos se iban estancando («Hoy fui al cole», «En el recreo jugamos al fútbol», «Mi hermana me hace rabiar»), decidí introducir un poquito de ficción a mi vida: me inventé una novia. La presenté así: «Me gusta alguien que no va a mi colegio, ¡ah!, y es mi novia». La relación era medio tóxica, cortamos varias veces. Después de dejarla «por repipi», ella me volvió a pedir salir pero yo le dije que no, «por antipática». Al rato de contar esta tremenda mentira, escribí que al final le iba a decir que sí «porque cada vez es más simpática y encima es rubia con los ojos azules». Escribí también que cuando le di la buena noticia, ella me dijo que «menos mal porque mis padres casi me pillan llorando». Además, concebí otra novia imaginaria para mi mejor amigo: «Álex sale con su mejor amiga, es bastante maja». Para mi segundo mejor amigo, sin embargo, no se me ocurrió nadie, y simplemente anoté: «Javi está solo».

Pasó el tiempo y yo seguía llenando cuadernos y cuadernos con palabras. Ya con trece años, en 2º de ESO, salía todas las tardes con mis amigos y en el primer trimestre, cuando nos dieron las notas, descubrí con cierto estupor que había suspendido seis asignaturas. No aprobé ni gimnasia, y eso que no volví a estar tan en forma en mi vida. Por supuesto, falsifiqué las notas y, asumiendo mi propia ficción, mantuve inalterable la rutina de salir todas las tardes. Me había convertido en un mentiroso, en un

impostor, pero en mi diario, el 24 de diciembre, conté la verdad: «Me han quedado seis». La realidad volvía a ser tendencia en mis cuadernos. Unos días más tarde dejé aquella libreta negra, donde por entonces escribía el diario, olvidada y abierta en el baño. Mi madre, la lectora más veterana de mis historias, la encontró y lo leyó todo. Según su versión, nunca tuvo la voluntad de invadir mi intimidad y se le fueron los ojos precisamente a esa frase por casualidad. Da igual. La bronca fue espantosa. Se habló hasta de decepción; una cosa insoportable. Después no hay más entradas hasta el 11 de febrero, cuando escribí con gran intensidad: «Yo estoy castigado por falsificar las notas, cosa que nunca debí hacer y de lo que me arrepiento desde lo más oscuro de mi corazón». Con esa prosa afectada tenía menos credibilidad que cuando me inventé aquella novia rubia, de ojos azules, que lloraba por mí.

El escritor argentino Ricardo Piglia dijo que no hay nada más ridículo que la pretensión de registrar la propia vida y que, al ponerlo en práctica, uno se convierte automáticamente en un *clown*. También dijo que si no lo hubiera hecho, nunca habría escrito otra cosa. Hace un año y medio decidí empezar a publicar mis diarios en Instagram. Yo quería escribir, o por lo menos vivir sabiendo que lo había intentado, y a mí en aquella época se me decía mucho que para aprender a escribir uno tenía que leer mucho, claro, pero sobre todo escribir, escribir, escribir.

Publicar mis diarios con una periodicidad semanal me pareció un ejercicio interesante para obligarme a mantener una rutina de escritura. He tratado de aprender a escribir en público y en directo, al principio con dos lectores, luego con cuatro, y luego con ocho, como el que aprende a andar en bicicleta en la plaza de su pueblo con los paisanos tomando buena nota no tanto de los progresos como de las hostias. Lo mejor de todos estos meses ha sido lo bien que me lo he pasado contando algunas historias pequeñas, cómicas y dramáticas, aun sin saber muy bien si había alguien al otro lado. Hoy tengo muy claro que nunca voy a dejar de escribir porque ya no sé vivir de otra manera, o sí sé, pero no quiero. Publicar ahora mis diarios en un libro es como si, tras aguantar un buen rato sin caerme de la bicicleta, me hubiese envalentonado con los aplausos de los cuatro paisanos de la plaza de mi pueblo y me hubiese incorporado por sorpresa a la cola del pelotón del Tour de Francia: decenas de ciclistas profesionales a mi alrededor mirándome alucinados mientras yo pedaleo todo azorado, en camisa y vaqueros.

Santiago de Compostela, 7 de enero de 2020